



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Consecuencias geopolíticas de la guerra de Irán (2026)

Miguel Ángel Ballesteros

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

21 de septiembre de 2026

Introducción

Los ataques contra Irán iniciados por Israel y Estados Unidos, el día 28 de febrero de 2026, acabaron con la vida del Líder Supremo de la República Islámica, Alí Jamenei. En los primeros días también murieron las principales figuras del régimen, como Alí Larijani, secretario del Consejo Supremo de Seguridad Nacional, Esmail Jatib, ministro de Inteligencia y responsable de la represión de las protestas internas surgidas tras el movimiento «Mujer, Vida, Libertad», Gholamreza Soleimani, comandante de la fuerza paramilitar Basij, organización paramilitar subordinada a la Guardia Revolucionaria y principal instrumento de control interno del régimen iraní y más de 40 altos mandos de las FAS y de la Guardia Revolucionaria, que dejaron momentáneamente descabezado al régimen iraní.

Todos estos ataques se realizaron en el convencimiento del gobierno israelí de que provocarían la caída del régimen iraní. Sin embargo, como suele ocurrir en estos casos, los ataques de potencias extranjeras refuerzan a los gobiernos atacados, uniendo la idea de nación con la de gobierno, que aprovecha para justificar su

represión y reforzarse desarrollando una fácil política centrípeta. Sin embargo, aunque la guerra no ha provocado la caída del régimen de los ayatolas, tendrá consecuencias en el panorama geopolítico internacional.



Los europeos no han querido implicarse en la guerra a pesar de la insistencia de Trump, quien lo ha considerado una deslealtad por parte de aquellos que se amparan bajo el paraguas de seguridad estadounidense. Los países del Golfo han sido atacados sin que ni EE. UU. ni el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) hayan podido evitarlo, lo que puede poner en cuestión la fortaleza de sus alianzas.

Si EE. UU. e Israel hubieran cesado en sus ataques el día 20 de marzo, habrían provocado un cambio completo de toda la cúpula del régimen y de la Guardia Revolucionaria, lo que podría haber favorecido un acuerdo de limitación de enriquecimiento de Uranio a medio plazo, habrían evitado el cierre del estrecho de Ormuz por Irán y el consiguiente daño energético y como consecuencia, a la economía estadounidense y mundial.

A la vez que el presidente Trump hubiera sorteado legalmente la autorización del Congreso para llevar a cabo lo que finalmente ha sido una guerra no declarada, sin autorización del CS de NN. UU, que ha supuesto vaciar sus arsenales de los misiles más sofisticados y costosos con los que cuenta EE. UU. Sin olvidar los 15 militares que han muerto y más de 500 heridos. Todo ello en contra de su programa electoral y de la Estrategia de Seguridad Nacional 2025, que él mismo firmó en noviembre pasado.

La geoestrategia del gobierno iraní

Su objetivo geopolítico es convertirse en una potencia regional que garantice la supervivencia del régimen a pesar de ser un país mayoritariamente persa y no pertenecer a la principal rama del islam de la región que son los sunníes. Para ello se apoya en el sentido jerárquico religioso de los chiís de la zona, sometidos a la disciplina de los ayatolas, pero también liderando la principal reivindicación de los islamistas: «Palestina para los palestinos», preconizando incluso la desaparición de Israel.

La ventaja que quiere obtener Irán de esta guerra es tener el control del estrecho de Ormuz, lo que va contra el Derecho del Mar que en su artículo 38 reconoce a todos los buques y aeronaves el derecho de paso en tránsito, que no puede ser obstaculizado por los Estados ribereños.

Su geoestrategia requiere ser un país nuclear, pero eso le convierte en una amenaza existencial para Israel, una amenaza para el libre tránsito por el estrecho de Ormuz, por donde circula el 20% del petróleo mundial. Pero además podría lograr el bloqueo del estrecho de Bab el-Mandeb por su ascendencia sobre Ansarolá en Yemen oriental, lo que supondría uno de los mayores shocks geoeconómicos desde la Segunda Guerra Mundial, por ser ruta de las cadenas de suministro de productos energéticos, semiconductores, microchips, materias primas petroquímicas, fertilizantes y plásticos.

El programa iraní de enriquecimiento de Uranio sin control y con otros fines que no sean los de alimentar la central nuclear de Busher, es una amenaza para la región, especialmente para Israel y para Occidente. El Uranio enriquecido no controlado puede llegar a alguno de los grupos terroristas a los que patrocina para que lo utilicen como una bomba sucia.

El acuerdo que se están negociando EE. UU. e Irán debe ser una realidad en un plazo de 60 días, prorrogables de común acuerdo, pero tendrá que ser mejor que el de 2015, para que Trump lo pueda vender como un logro que justifica la guerra. Por su parte, Israel hará todo lo posible para que no se llegue al acuerdo, con la esperanza de que Trump ordene nuevos ataques contra Irán.

La dificultad es enorme y el riesgo de volver al conflicto como forma de presión no es desdeñable. El acuerdo de 2015 limitaba el enriquecimiento de uranio a un máximo de 3,67 % de pureza durante 15 años. Redujo sus reservas de uranio enriquecido de 10.000 kg a solo 300 kg. Redujo el número de centrifugadoras instaladas de unas 19.000 a 6.104. Irán no podía construir nuevas instalaciones de enriquecimiento durante 15 años y debía transformar la instalación subterránea de

Fordow en un centro de investigación, prohibiéndose allí el enriquecimiento de Uranio durante 15 años.

Lamentablemente, en mayo de 2018, el presidente Trump denunció el acuerdo, y prometió hacer uno mejor. Irán aprovechó esto para volver a enriquecer Uranio sin control. Este es el principal escoyo para llegar a un acuerdo de paz con Irán en 2026, además de que quieren tener el control del estrecho de Ormuz.

Geoestrategia de Israel

Los israelíes tienen como primera prioridad nacional su seguridad y su principal enemigo es el Irán de los ayatolas y su programa nuclear.

El gobierno del primer ministro Netanyahu es una coalición de partidos de derecha, extrema derecha y formaciones religiosas judías que le convierten en el más radical de la historia de Israel. Esto explica el cambio estratégico según el cual Israel siempre hacía guerras cortas con pocas bajas, actualmente prefiere hacer guerras largas y muy cruentas con la finalidad de acabar con su enemigo y ampliar su territorio, aún a costa de grandes daños colaterales.

Israel ha encontrado en Trump el aliado estadounidense ideal. La guerra contra Irán es de especial interés para el gobierno israelí, pero quien corre con la mayor parte del esfuerzo militar es EE. UU., sin escatimar esfuerzos económicos. Podemos decir que durante gran parte de la guerra ha sido Netanyahu quien mandaba. El rabo era el que movía al perro.

Israel no desiste de acabar con el régimen iraní, aunque la guerra se alargue. Para Israel el bloqueo de Ormuz no es un grave problema ya que el petróleo lo compra en Kazajistán, Azerbaiyán y Estados Unidos, y tiene yacimientos de gas que exporta lo que compensa los incrementos del precio del petróleo.

El fracaso de Israel para acabar con el régimen iraní le ha llevado a reorientar su geoestrategia contra el Líbano para doblegar a Hezbolá y quedarse con una franja de territorio libanés, poniendo entre la espada y la pared a las fuerzas de UNIFIL de la ONU.

También en Gaza se ha quedado con una franja de terreno. Israel en cada guerra trata de ganar terreno, lo que dificulta futuros acuerdos de paz, pero contribuye a expandir el «Gran Israel» (en hebreo, *Eretz Israel HaShlema*), concepto político, histórico y religioso que sostiene que el Estado de Israel debería ejercer la soberanía sobre la totalidad o gran parte del territorio de la antigua Tierra de Israel

descrita en la tradición bíblica y que haría imposible la creación del Estado Palestino.

Geoestrategia de EE. UU.

EE. UU. e Israel pretendían un cambio geopolítico en la región que requiere la desaparición del régimen iraní y la normalización de relaciones entre Israel y los países árabes, auspiciada por Estados Unidos, mediante los Acuerdos de Abraham (ya lo han hecho Emiratos Árabes Unidos, Baréin, Sudán y Marruecos). Esto revalorizaría el papel de Israel como delegado de EE. UU. en la región.

Por el contrario, Irán considera que el cambio geopolítico que ha provocado esta guerra es la pérdida de influencia de EE. UU. en el Golfo, tal y como indica el último mensaje del nuevo Líder Supremo Mojtaba Jamenei, que el día 26 de mayo, en un escrito con motivo de la festividad del Eid al-Adha y la peregrinación a La Meca:

[...] además de no tener ya ningún refugio seguro en la región para la agresión y el establecimiento de bases militares, se aleja cada día más de su antigua posición. Las manecillas del tiempo no retrocederán, y las naciones y tierras de la región ya no servirán de escudo a las bases estadounidenses»

Y a Israel otro, considerándole un «régimen sionista inestable» y un «tumor canceroso» que no durará mucho.

Esta guerra ha debilitado su relación de EE. UU. con los países del Golfo donde se encuentran repartidas sus bases que han sido atacadas, así como infraestructuras críticas como son las desaladoras.

En todo caso, la guerra ha provocado una de las mayores crisis energéticas de las últimas décadas, dañando las exportaciones de los países del Golfo.

La guerra ha debilitado el vínculo trasatlántico de la OTAN por la negativa de los aliados a participar en una guerra fuera de zona, para la que no habían sido consultados y que lejos de arreglar el problema, lo hubiera complicado.

La Estrategia Nacional de Defensa de Estados Unidos de enero de 2026 no cita a Oriente Medio como prioridad estratégica, aunque sí cita a Irán como una amenaza regional por su programa de misiles y actividades desestabilizadoras, pero reduce la disposición de EE. UU. a asumir en solitario la seguridad de otras regiones. EE. UU. no se puede permitir lanzar operaciones terrestres de gran envergadura, que tendrían un coste en vidas y recursos inaceptable y con casi ninguna garantía de éxito.

EE. UU. ha fracasado en esta guerra y buena prueba es que entre los 14 puntos del Acuerdo Provisional de Paz firmado el 19 de junio se establece que EE. UU. y los países del Golfo aportarán 300.000 millones para la reconstrucción de Irán.

Si EE. UU. no logra un buen acuerdo de paz, habrá debilitado su posición en la región en beneficio de China.

Geoestrategia de Rusia

Pese a la estrecha relación estratégica entre Moscú y Teherán, Rusia dejó claro que no tenía intención de intervenir militarmente en favor de Irán. El Kremlin evitó abrir un nuevo frente, mientras continúa la guerra en Ucrania y afronta las limitaciones económicas y de reclutamiento.

Rusia ha respaldado a Irán en foros internacionales, especialmente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

A pesar de que EE. UU. autorizó las exportaciones de petróleo ruso, dando un respiro a la maltrecha economía de guerra rusa y de que EE. UU. estaba empeñado en la guerra de Irán, Rusia no ha sido capaz de aprovechar el tiempo para avanzar en sus objetivos militares en Ucrania, lo que pone de manifiesto su debilidad militar convencional y su limitada capacidad de movilización.

Por el contrario, Zelenski ha aprovechado estos meses para llevar la guerra al interior de Rusia atacando fundamentalmente refinerías que están causando desabastecimiento energético en parte de Rusia.

Geoestrategia de China

La guerra en el Golfo ha puesto de manifiesto la principal vulnerabilidad de China, que es la dependencia de las importaciones de hidrocarburos. Aproximadamente un tercio de su suministro total de crudo y cerca de la mitad de sus importaciones marítimas transitan por el estrecho de Ormuz. Las tensiones en Oriente Medio han reforzado la cooperación energética con Rusia mediante el incremento de las importaciones de petróleo y la expansión de los gasoductos euroasiáticos.

China ha mantenido una posición basada en reclamar un alto el fuego; defender la libertad de navegación por Ormuz y promover negociaciones multilaterales. China ha visto la necesidad de impulsar el desarrollo de capacidades navales de proyección y protección de las rutas marítimas de interés.

La pérdida de influencia de EE. UU. en Oriente Medio y su limitación militar para resolver problemas geopolíticos es una buena noticia para la geoestrategia china de medio y largo plazo.

China ve el camino expedito para hacerse con el control de Taiwán en el convencimiento de que EE. UU. no acudirá en su auxilio.

Geoestrategia de los países europeos

Antes de la guerra de Irán, EE. UU. ya estaba redefiniendo su geoestrategia con la vuelta al aislacionismo (la doctrina Monroe de 1823 adaptada a los tiempos actuales con el corolario Trump).

Eso supone una reorientación militar hacia el hemisferio occidental, que implica la exigencia a Europa de que incremente la inversión en seguridad, con la aspiración de que Groenlandia y Canadá sean controladas por EE. UU.

El rechazo de los países aliados de la OTAN a participar en las operaciones de la guerra para asegurar el tránsito en el estrecho de Ormuz e incluso impedir el uso de algunas de las bases con unidades estadounidenses y el sobrevuelo de sus aviones militares, ha incentivado el deseo de la administración Trump por bajar su compromiso militar con la seguridad y la defensa de Europa.

En la Cumbre de la OTAN en Ankara los días 7 y 8 de julio de 2026, Trump escenificará el grado de desconfianza hacia los aliados y será un buen termómetro para conocer la fortaleza del vínculo trasatlántico en capacidades a corto medio y largo plazo, aunque la declaración final insistirá en la fortaleza y la cohesión de la Alianza.

En todo caso, ante la diplomacia no convencional a la que nos tiene acostumbrados el presidente Trump y las duras respuestas de algunos gobiernos europeos, debemos tener en cuenta que las relaciones internacionales se basan en una estructura piramidal que tiene tres niveles: en el nivel superior están las relaciones entre gobiernos, que es un tema que influye mucho en el corto plazo y que deberían tener en cuenta las características de los niveles inferiores. En el segundo nivel están las relaciones institucionales entre Estados, como por ejemplo la que mantienen los estamentos judiciales, policiales, militares, etc. En el nivel inferior están los principios y valores comunes, así como los intereses económicos, tecnológicos y empresariales entrelazados. Las decisiones políticas de los diferentes gobiernos deberían ser decisiones basadas en los dos niveles inferiores, lo que requiere el consenso político entre partidos con posibilidades de gobernar,

lo que permite que sean decisiones de larga duración ya que son decisiones geopolíticas forjadas a lo largo de muchos años.

España y la mayor parte de los países europeos somos totalmente dependientes de la tecnología estadounidense. La mayor parte de nuestro material militar es americano o está equipado con equipos norteamericanos que para ser vendidos a España necesitan la aprobación del Pentágono.

Hoy día, la UE no está capacitada para defenderse a sí misma sin el apoyo de EE. UU. No tenemos ni las capacidades militares, ni las industriales, ni las tecnológicas y lo más importante, no tenemos capacidades nucleares para disuadir a Rusia. El 78% del armamento y munición que la UE ha enviado a Ucrania ha tenido que comprarlo en EE. UU. por falta de capacidades industriales de defensa en Europa. La tecnología en las capacidades industriales son un factor de disuasión. El desfase entre la tecnología estadounidense y la europea es en muchos casos de 10 años.

Es urgente que la UE desarrolle su autonomía estratégica que se establece en la Brújula Estratégica, pero a mucha más velocidad de la prevista para cubrir las carencias en capacidades militares, industriales y reducir el gap tecnológico con EE. UU. y con China. Mientras conviene asegurar la continuidad de la OTAN y la fortaleza del vínculo trasatlántico, motivo por el cual nadie habla de una futura disuasión nuclear europea y la mayoría de los gobiernos procuran evitar el enfrentamiento dialéctico con la administración Trump.

La UE necesita urgentemente disponer de una estructura militar de mando y control, que permita avanzar en la integración de la política de defensa, pero el Tratado de la UE no lo facilita y hay miedo de molestar a Trump y debilitar aún más el vínculo trasatlántico.

La UE es muy diversa en su forma de entender la defensa. Entre los 27 países miembros de la UE hay 23 que son miembros de la OTAN. Irlanda mantiene una posición de «neutralidad activa» que evita integrarse en alianzas militares permanentes, pero contribuye de forma significativa a la seguridad europea mediante la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD). Austria tiene un modelo de «neutralidad cooperativa» con participación activa en las políticas europeas de seguridad, contribución a las misiones internacionales y desarrollo de capacidades comunes, pero sin integrarse en alianzas militares ni asumir compromisos de defensa colectiva. Chipre ocupa una posición singular en la PCSD debido a su división territorial con presencia de fuerzas militares extranjeras y sus tensas relaciones con Turquía. Malta representa un modelo de neutralidad cooperativa de baja intensidad y aunque mantiene un firme compromiso con la PCSD en áreas civiles y de seguridad marítima, evita cualquier integración que pueda interpretarse como una adhesión a una alianza militar. Con estas dificultades

y los egoísmos nacionalistas de los principales países, la integración de la UE en materia de política de defensa resulta un camino difícil a pesar de la urgencia para definir una política de defensa.

La geoestrategia de los países del Golfo

Aunque los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) evitaron implicarse directamente en el conflicto, todos ellos han visto modificadas sus prioridades de seguridad, defensa y política exterior.

Los Estados del Golfo han comprobado que sus infraestructuras estratégicas son altamente vulnerables. La guerra ha puesto de manifiesto la necesidad de una defensa regional más integrada. No obstante, las diferencias políticas entre algunos miembros del CCG seguirán limitando una integración plena.

La amenaza sobre el Estrecho de Ormuz ha reforzado el interés por abrir corredores que permitan exportar hidrocarburos, evitando ese punto crítico. Las principales alternativas son el oleoducto Abu Dabi–Fuyaira, que conecta los campos petroleros emiratíes con la costa del mar Árábigo; el oleoducto Este-Oeste saudí, que une los campos del Golfo con el mar Rojo y los proyectos de ampliación de infraestructuras portuarias en el mar Árábigo y el mar Rojo.

Es previsible un nuevo ciclo de adquisiciones militares centrado en reforzar su defensa aérea, nuevos sistemas anti dron, guerra electrónica, satélites de observación, inteligencia artificial aplicada a la defensa y nuevas capacidades navales.

Por su parte Emiratos ha decidido abandonar la OPEP ya que su intención es aumentar la producción de petróleo, mientras que la OPEP, dominada por Arabia Saudí, es partidaria de limitar la oferta de petróleo en el mercado para mantener el precio del barril cerca de los 80 \$. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026